21-7-2013 MONTSACRO - ASTURIAS

Como cada tercer domingo de mes, los nazarenos hacen la subida penitencial al Montsacro.
Reunidos en la torre de electricidad, que marca el punto de encuentro e inicio del Santo Viacrucis, María Isabel Antolín o Isabel de Jesús, como la llamó San Pablo, nos habla.
En primer lugar nos recuerda cómo el pasado día del Carmen, 16 de Julio, la Santísima Virgen le habló y nos invitó a intensificar la oración por las almas del Purgatorio, pues es uno de los días especiales para estas almas.
Aprovecha la ocasión para repetirnos que tenemos que tener un gran amor a las almas del Purgatorio y saber responder eficazmente a los deseos del Cielo. En esas nuestras respuestas a los deseos del Cielo, podemos ver reflejado nuestro grado de entrega, fidelidad, confianza, amor.

Isabel de Jesús comenta el día de la subida a Garabandal y cómo descubrió una falsa vidente de un grupo de peregrinos. Aprovecha este caso para decirnos que no seamos espectadores sino que defendamos siempre la Verdad porque callando a errores o comedias, estamos aplaudiendo; y no tenemos que ser cobardes en defender la Verdad.
Continúa Isabel de Jesús:

- Todos tenemos que llegar a examinarnos. Porque a veces nos examinamos con nuestros propios egoísmos y eso no es examinarse; nuestro egoísmo manda por encima del examen.
Si nos examinamos desterrando el egoísmo, la justificación…; si tuviéramos en la vida la prioridad, como decía el papi: "Madre, un deseo tuyo es una orden para mí". Porque tengamos lo que tengamos, si obedecemos al Cielo, acertamos y estamos alejando nuestro egoísmo, o nuestro capricho.

En esta línea, Isabel nos presenta nuestra carencia de discernimiento y nuestra falta de confianza.
También nos enseña que el Señor se manifiesta en la humildad y en la docilidad.
Nos resume la importancia de los sacrificios por nuestro propio bien, el de nuestra familia y el de toda la Iglesia. Y cómo necesitaríamos, como nos dijo la Madre, una disciplina militar para ordenar nuestra vida en Dios y aspirar a una vida de perfección y santidad.

Termina la charla con alguna experiencia de su infancia para enseñar a los padres la rectitud que deben tener con sus hijos.

Isabel añade:
- Sabéis lo que el Señor quiere y lo que le agrada porque lo estamos oyendo constantemente por los mensajes. Recordad que es mejor llegar al Señor por el amor que por el dolor. Y cuando se quiere, se puede; y cuando no se tiene mucho interés no se puede. Lo demás son palabras insustanciales y justificaciones, que no valen para nada.
Releer el mensaje del 31 de Mayo y ver cómo el Señor nos descubre nuestras actuaciones y pensamientos.
Recordad cuánto le agrada al Señor las subidas a este monte. Y cómo dijo el Señor: "Ocúpate de mis cosas que Yo me ocuparé de las tuyas".

Así nos exhorta Isabel de Jesús a conocer al Señor y a correr tras sus deseos.

A las tres de la tarde, se reza el Rosario de la Misericordia y después continúa el Santo Viacrucis, acortando las estaciones para acabar en la Piedra de la Madre que está en la tercera estación.

En la duodécima estación del Viacrucis a Isabel de Jesús se le ven temblar las piernas. Camina con dificultad y se balancea.
Acaba el Viacrucis y los nazarenos besan la cruz-bordón al pie de la tercera estación. Al besar Isabel la cruz se la ve muy mareada. Deja la cruz y camina balanceándose hasta caer a la orilla del camino. Está en éxtasis y nos habla el Señor por medio de su instrumento:

+ Vivir en mi amor, pequeños,
es vivir en mi Corazón.
En verdad, hijos míos,
que constantemente
vengo saludándoos desde mi Corazón
y diciéndoos en verdad
que vengáis a mi Corazón.
Yo que sigo diciendo una y otra vez:
venid a mi Corazón
todos los que en verdad estéis, hijos míos,
cansados, agobiados (cf. Mt 11, 28);
venid y descansad en mi Corazón
porque verdaderamente encontrareis
el descanso y la paz;
porque el amor
que habita en mi Corazón
es lo que vengo en verdad
dando a mis hijos

y aun cuando muchos hijos míos
no saben escuchar
la voz de Dios
que sigue llamando
e invitando a los hijos
a vivir en la plenitud de mi amor;
vivir en mi amor es vivir en mi Corazón;
vivir en mi Corazón es degustar
las sutilezas de mi ardiente Corazón.
No son muchos los hijos del mundo
que saben degustar las sutilezas
del Corazón ardiente
del que os habla,
del que os llama,
os invita y os sigue diciendo
que os acerquéis a mi Corazón,
que améis la verdad,
que viváis en amor,
que en verdad, hijos míos,
os acerquéis a mi Corazón
sabiendo que Yo soy el que sigo llamando,
invitando,
para que llevéis una vida
en plenitud,
porque la plenitud
habita en Dios, pequeños.

Y así como mi Madre Santísima
supo decir sí (cf. Lc 1, 38)
a la voluntad y al querer de Dios,
vosotros, pequeños,
no os resistáis
a la voluntad de Dios.
Sed humildes (cf. Mt 11, 29), pequeños,
porque junto con el amor, la humildad
os hará caminar
hacia las fuentes del Amor.

Tenéis que encauzar vuestra vida
en el camino de la perfección.
Mirad mi Costado, mirad mis Hombros,
las Llagas que por amor

de ellas sigue brotando sangre,
y de mi Costado, pequeños,
que es bálsamo de amor;
deseo en verdad
que os acerquéis a mi Costado,
que sepáis
que, siendo Yo la fuente viva del amor,
deseo inundaros de la gracia de mi Corazón
purificándoos en mi Costado;
pero tenéis que abrir el corazón,
desterrar de vosotros tantas cosas, hijos míos,
que os adentran en el mundo
y tantas veces sois hijos del mundo.
Y debéis comprender
que *no se puede servir a dos señores* (cf. Mt 6, 24) ;
el que sirve a Dios ama a Dios,
sigue los caminos en verdad,
es fiel
y, por encima de todo,
desea formarse en la verdad de Dios,
hacer la voluntad de Dios,
confiar plenamente en el querer de Dios
y vivir en la plenitud del amor.
Teniendo la fe cimentada en mi Corazón,
el hombre caminará
hacia las moradas eternas;
mas cuando el hombre titubea, vacila,
anda en inquietud,
no puede abrir su corazón a las delicias de Dios.
Por eso os digo, pequeños:
desterrad de vosotros toda inquietud,
sed como pequeños en medio del mundo
y desterrad de vosotros toda vanagloria mundana
pues los aplausos del mundo son para el mundo
mas la humildad del hombre
hace seguir al hombre por los caminos de Dios.

María, mi Madre Santísima,
vivió en humildad,
amó, confió, creyó
y, cuántas veces, hijos míos,
os falta fe, confianza y creer

porque no basta decir: yo creo.
La fe hay que alimentarla con la oración,
los sacramentos, con la penitencia, los sacrificios,
con la oración unida a mi Madre Santísima,
y primordialmente, pequeños,
vivir el misterio de amor,
ese misterio, ese amor
que mis pastores, ministros y predilectos de mi Madre,
pueden ciertamente que Yo
esté presente en el altar,
me dé como alimento,
y dejéis que more en vuestro interior,
y os pido que me dejéis que os transforme
para que en verdad seáis
imagen de mi Corazón,
pues si estáis hechos, hijos míos,
a imagen y semejanza nuestra (Gn 1, 26),
debéis vivir como hijos de Dios,
degustando el amor de Dios,
viviendo en el amor de Dios,
amando a la Madre de Dios
que es Madre de igual manera de los hijos de Dios.

Por eso, pequeños de mi Corazón,
Yo que constantemente vengo a vosotros,
que os sigo llamando, que os sigo invitando:
reaccionad,
desterrad el letargo que tantas veces os acompaña;
ese letargo, pequeños,
que os inmoviliza
para hacer la voluntad de Dios.

Y así, pequeños míos,
desde mi Corazón os digo, hijos queridos:
sabed rendir vuestra voluntad
al querer de Dios.
Y así, desde mi Corazón, Yo os digo:
Hasta pronto, pequeños.
- ¡Hasta pronto, Maestro!

La fuerza de mi amor,
el amor de mi Corazón

está presente,
no ausente,
en medio de vosotros.
Que mi amor, pequeños,
habite en vuestro corazón
y verdaderamente
seáis luz en el mundo (cf. Mt 5, 14);
que la luz pueda más que las tinieblas
en medio del combate de tantos hombres;
sed luz, pequeños,
luz en medio del mundo
para combatir el mal a fuerza de bien (cf. Rm 12, 21),
de oración, sacrificios,
sin cansancios ni aburrimientos,
porque el cansancio y el aburrimiento
no lo pongo Yo, pequeños.

Hasta pronto, hijos queridos.
- ¡Hasta pronto, Maestro!

Shalom, pequeños de mi Corazón.
- ¡Shalom, Señor!

Recuperada Isabel de Jesús del éxtasis, nos dice:

- Bueno, cuando íbamos subiendo, iba meditando lo que se decía del Viacrucis pero iba un poco mareada. No sé en qué estación empecé a ver borroso. Sentía la fuerza del Señor y mi corazón latía muy fuerte. Recuerdo que andaba mareada y, antes de llegar a besar la cruz-bordón, el Señor me estaba hablando. Me hablaba cosas sobre su Corazón. Me dijo "mi Corazón es tu corazón. Tu corazón es mi Corazón". Me decía unas cosas muy tiernas. Es muy difícil de explicar pero es como si me quedara ensimismada. Es como que sólo puedes hablar con el Señor en tu interior. Y no puedo reaccionar. Ni siquiera puedo hablar.
Cuando besé la cruz, le estuve viendo y me siguió hablando más cosas. Y yo no quería despegarme de la cruz hasta que hubo un momento que sentí dentro de mí que anduviese. Y solté la cruz y abrí los ojos. Todo lo veía borroso y sin saber por dónde iba comencé a caminar. Mi corazón iba a galope sintiendo la fuerza del Señor.

Y luego, debió de ser cuando ya caí al suelo, no lo sé; hubo un momento que era tal el sol alumbrando, tal la claridad, tan grande, tan grande. A ver cómo lo puedo explicar:
Era como si mi alma o mi ser, no sé, levanté las manos; pero no porque yo las levantara sino porque me estaban invitando que las levantase.
Entonces levantaba yo las manos y me acercaba a ese sol tan enorme y, en esa luz tan enorme, era una alabanza a Dios. Era precioso. Era alabar por los seres vivientes, por las criaturas, por muchas cosas. Era como dar gracias a Dios por la naturaleza, eran tantas cosas. Era muy bonito, muy bonito.
Era como si cogieran de mis brazos y tirasen de ellos como para volar, como para subirme a esa luz tan enorme.
Y era, a ver si lo sé explicar bien, era como si esa alabanza llega a lo alto y el Señor llega en ese momento. Y siento como fuego y la voz del Señor que me inunda entera.
Y veo al Señor que está hablando y siento el amor, el amor, el amor del Señor. No puedo decir más que el amor del Señor.
Veo su Corazón, sus manos, en otro momento veo sus pies, el costado. En otro momento veo a la Santísima Virgen; pero yo no sé relacionar uno con otro. No sé en qué momento he visto uno ni en qué momento he visto otro. Pero he visto todo en un gran amor. Y dentro del Corazón del Señor he visto el amor y cómo en el Corazón se encierra todo, su Divinidad…
Y no recuerdo de más.

Descendimos del monte para celebrar la Santa Misa en la Casa Madre de los nazarenos. Acabada ésta, Isabel de Jesús estuvo con los ojos cerrados, recogida y, pasados varios minutos quedó en éxtasis. Y la Santísima Virgen nos habla por medio de su instrumento:

*** Desde el Corazón de mi Hijo amado,**
desde mi Corazón de Madre, os saludo
y en verdad como la Madre que os saluda,
como Madre que os sigo invitando
a que perseveréis en la oración,
en el amor, en la humildad
pues Cristo, mi Hijo amado,
ciertamente espera tanto de sus hijos.
Pero debéis profundizar,
meditar en vuestro obrar cotidiano
cómo os ofrecéis diariamente
y qué paciencia adquirís cada día,
qué humildad y qué amor, pequeños.

Yo, Madre de amor,
Madre que en verdad vengo manifestando
el amor de mi Corazón a mis hijos,
vengo insistiendo una y otra vez
la gran importancia
para mis hijos en su seguir diario,
en su caminar al lado de Cristo,
cómo el hombre no tiene que olvidarse
de dar constantemente gracias al Creador,
a Dios, al Autor de la vida.
Como Madre os seguiré diciendo:
debéis tener un gran, gran amor, pequeños,
a lo que tantas veces os manifestamos;
amor a las almas, amor a los hijos de Dios,
por la conversión de los pecadores,
por las benditas almas del Purgatorio.
La oración que brotare del corazón,
que se hiciere con amor
tiene un gran valor, pequeños;
Yo, como Madre,
que vengo constantemente
manifestando el amor de mi Corazón,
aun sabiendo la hora que es,
bien sabéis, pequeños, tiempo atrás
cómo mi Hijo os entretenía
y cómo a veces mis hijos no llegan a tener la paciencia
y mucho menos la confianza
en el que os sigue llamando
a una vida de total abandono a la voluntad de Dios.

Ay, si comprendiereis, hijos míos,
el gran error de vuestras justificaciones.
Si comprendiereis quién os llama,
quién os invita y quién habla
sobrarían estas palabras
que como Madre las digo con dolor.
Si en vuestra vida, pequeños,
supieseis separar esos impedimentos
comprenderíais lo fácil que es caminar
bajo la mirada y voluntad de Dios;
entonces, solo entonces, podríais decir:
Dios me ha mirado

y en su mirar yo le he mirado;
en la mirada me ha tomado,
me ha invitado, me ha llamado.
Comprenderíais que una invitación de Cristo
es lo mismo que cuando mi Hijo dijo a sus Apóstoles:
Deja todo y sígueme (cf. Lc 5, 11).

Ay, si mis hijos comprendieren la necesidad de las almas,
incluso de la carencia que mis hijos tienen.
Porque existe también mucha carencia de fe,
confianza, abandono a la voluntad y al querer de Dios.
Ciertamente que mi Hijo da libertad a los hombres,
pero el hombre que no sabe escuchar
las llamadas de Dios
es un hombre, un hijo,
que no llega a percibir las sutilezas
del dulce Corazón de Cristo.
Es tiempo de adquirir cada día más y más fe.
Es tiempo de profundizar en los misterios de Cristo,
en la entrega del alma con Dios.
Es tiempo de profundizar,
de meditar y de mirar a Dios,
a esos ojos llenos de amor y de misericordia
para ver cómo es el amor que el hombre tiene a Dios.

Cuántas veces, hijos míos, en nuestras palabras,
muchos hijos míos no se sienten aludidos.
Y ciertamente el hombre, mis hijos,
en medio de sus imperfecciones
tienen que saber abajarse;
si Cristo siendo Dios se abaja, pequeños, (cf. Fl 2, 7)
el hombre con mayor razón se abajará
porque la humildad está, pequeños,
en ser servidores de los demás.
Esto hay que comprenderlo,
por eso, hijos míos,
la Pequeña de mi Hijo
seguirá y seguirá hablando;
aunque también como Madre os diré:
qué poco obedecéis a una insinuación,
qué poco os ha quedado el recuerdo de mi frailín.
(Fr. José Alesón, el Papi.)

Y como Madre os tengo que decir y advertir
con las verdades,
no con los halagos, pequeños,
que tantas veces esperáis.
Si conociereis en verdad,
cómo obra la gracia de Dios,
los conocimientos de Dios,
el amor de Dios en un alma
cuando se entrega y se ofrece al Creador,
comprenderíais y obraríais,
porque los dóciles son mensajeros;
tienen la misión, pequeños,
de decir las palabras de Dios,
son mensajeros de la Palabra de Dios.

Muchas veces, hijos míos,
tendréis que mirar con los ojos de Dios
para comprender a estas almas
y dejar de mirar con los ojos humanos
que entorpecen vuestro caminar.
Sabéis, pequeños,
cuán grande es el valor de la Sangre de Cristo.
Sabéis de igual manera, qué grande es el amor
que como Madre, visito las almas del Purgatorio
para aliviar sus dolores, sufrimientos.
A veces, a mis hijos, no les llega el dolor de las almas
porque pasan por la vida sin esos sentimientos
al no ser un ser querido.
¡Qué error tan grande, qué desamor!
Si oyereis las voces de las almas suplicando ayuda
comprenderíais las palabras que como Madre
sigo diciendo a mis hijos.

Cierto es, hijos míos, que Yo concedo gracias especiales
y en días especiales a las almas,
a las almas benditas del Purgatorio.
Yo invitaba como Madre,
hacer oración por un alma,
por un hermano vuestro
y, aun sabiendo, pequeños,
que muchos hijos míos
no llegarían a corresponder a tal llamada

para dolor de mi Corazón,
para dolor del corazón de la Pequeña
que se le comunicaba;
no podréis alcanzar a saber cuán grande es el dolor
si se llega a privar a un alma de la Luz, el amor.
Pero también como Madre,
bien sabéis el valor de la oración,
del empeño, de la constancia
del alma que mi Hijo eligió *(Isabel de Jesús)*
y que a veces todo le parece poco.
Yo os digo como Madre:
hoy para alegría de mi hijo Manuel,
ha llegado a la presencia de Dios.
Podrá parecer extraño a los hombres
pero no hay nada imposible para Dios.
Pero debéis seguir pidiendo por vuestros hermanos
que siguen esperando
llegar a purificar totalmente
para poder ver el Rostro de Dios.

Ahora sí, mis pequeños,
desde mi Corazón de Madre,
saludándoos a vosotros, mis amados hijos, *(Los sacerdotes)*
a ti José, hijo mío,
como Madre te digo:
déjate cuidar.

Y así, mis pequeños,
desde mi Corazón de Madre,
Yo os digo: quedad en la paz de mi Hijo amado,
descansad en su Corazón,
recordad que el mejor refugio son los brazos de Cristo,
que hagáis oración en silencio, meditando;
hace falta mucha oración, mucha oración, pequeños,
hace falta pedir perdón a Dios;
que tantos hijos por el mundo
no piden perdón al Creador.
Sed los pequeños de Cristo
que amen profundamente agradar a Dios;
sed los pequeños de María
descansando en mi Corazón,
orando Conmigo y uniéndoos a Jesús,

mirando el Tabernáculo y saludando al que es Amor,
tomando el Alimento,
el Cuerpo, la Sangre, el Alma, la Divinidad de todo un Dios
que, siendo Amor, siendo Dios, se hace alimento
para que el hombre se fortalezca,
aumente en la fe, en el amor
y pueda vencer todos los obstáculos del día a día
con la confianza puesta en el Creador.
No hay nada más grande, pequeños,
para el caminar de las almas
que tener una fe fuerte, cimentada;
una fe que no vacila, una fe que no duda,
una fe que pone en práctica las verdades,
una fe que lo manifiesta con la unión, el amor
y la aceptación a la voluntad del Creador.

Y así, pequeños, como Madre,
y desde mi Corazón, Yo os digo:
Hasta pronto, hijos míos.
- ¡Hasta pronto, Madre!

No olvidéis nunca que sois ovejas del redil de Cristo (cf. Jn 10, 14),
que no sois del mundo,
que debéis de desterrar toda ambición,
y todo lo que os impida ser verdaderamente
seguidores del Amor, de la Verdad y de la Paz.
Yo os amo y os seguiré diciendo:
ayudadme a salvar almas, pero sacrificaos.

Y vosotros, jóvenes,
sabed sacrificaros más de lo que hacéis.
Obedeced en todo momento los deseos de Dios.
Mirad que los años pasan,
pasan, pequeños.
No perdáis el tiempo,
sed responsables,
mirad que el tiempo es oro.
Pues tantos hijos míos viven en el mundo
absortos en sus vanidades
que solamente como preocupación tienen la diversión
y tantas cosas más.

Así desde mi Corazón os digo:
descansad en el Corazón de Cristo,
amad sus Llagas y comprenderéis
cuántas veces podéis llegar a herirle.

Ahora sí, desde mi Corazón,
como Madre os digo:
Hasta pronto, hijos míos.
- ¡Hasta pronto, Madre!

Hasta pronto, pequeños de mi Corazón Inmaculado.
- ¡Hasta pronto, Madre!

Recuperada, Isabel de Jesús nos cuenta su vivencia:
- Bueno, de lo que puedo contar, que yo me acuerde, pues: he estado durante toda la Santa Misa normal. Y al terminar, me senté y quedé en silencio.
No sé el tiempo que pasó cuando vi a la Madre bajar, poniéndose delante del altar. Venía con dos ángeles, uno a cada lado. Venía como la Madre de la Gracia, del Amor y la Esperanza pero sin nada en las manos. Traía el vestido claro, el manto un poquitín más abierto y con las manos extendidas.
Hubo un momento que la Madre estaba sonriente, sonriente y veo a don José Ramón donde el ambón y a don Manuel un poco más abajo.
Y la Madre empezó a hablar. He visto a la Madre con tristeza. Con un semblante de cara triste. Traía su dulzura en la cara pero su dulzura era triste.
Luego ha habido otro momento que la Madre me ha mostrado a Manuel, de frente y sonriendo. También he visto a José "el francés", a Encarna y a Jorge y sentir la purificación que todavía les queda porque, sobre todo por Jorge, hay que purificar tantas cosas de la vida. Le he visto que todavía debía purificar, como el que está esperando. He visto más pero no recuerdo.
Luego en otro momento la Madre sonrió y me puso en conocimiento, no sé cómo será, como que usted, don Manuel, tenía intención de tocar el órgano. ¿Es cierto?
- Sí, pensé cantar algo, pero me pareció mejor esperar…
- Recuerdo que he visto a los jóvenes y a la Madre como con tristeza; como riñéndoles; vamos, como llamar la atención.
También me he visto yo al lado del Señor pero tampoco sé como ha sido la cosa.
También me he visto en otro momento como muy pensativa, como cuando estás con una preocupación.

Ah, he visto a don José Ramón y también me dijo la Madre algo para don Manuel pero no recuerdo. Y sobre el incidente con el coche sentí a la Madre decir que eso es algo material y que no hablaría de ello.
También he visto al papi en una postura típica suya; así, apoyado en el bastón y agachada un poquitín la cabeza. Esa postura la tenía cuando estaba un poco pensativo, o cuando rectificaba a alguien y no le obedecían, entonces él se callaba y agachaba la cabeza.

Y así acabó este día del Señor, a las 2h 30' de la madrugada.